

LA LECTURA CONTINUADA EN LAS FERIAS DE LOS MESES JUNIO-AGOSTO

PEDRO FARNÉS

1. Recuperar la espiritualidad de la lectura continuada

En Oración de las Horas de febrero de este mismo año subrayamos ya la importancia que tiene la *organización litúrgica* de las lecturas bíblicas que figuran en los Leccionarios, para dar al año litúrgico su debido relieve y variedad. Estamos muy lejos ya, gracias a Dios, de aquella coloración del año litúrgico que diferenciaba los diversos tiempos y días casi únicamente a base de unos pocos elementos periféricos (determinados cantos o himnos, “ceremonias” características de algunos días o tiempos).

Hoy tenemos, por una parte, para los tiempos fuertes —Pascua, Cuaresma, Adviento y Navidad— una gran riqueza de formularios eucológicos y de lecturas bíblicas apropiadas a cada uno de los ciclos y, por otra, para las largas semanas del Tiempo ordinario una ordenada distribución de los escritos bíblicos que ayuda a revivir y profundizar tanto el sentido de la historia de la salvación (con referencia al Antiguo Testamento), como el progreso de la Revelación cristiana (con referencia al Nuevo). Y ello no en un simple contexto de estudio sino en un ambiente de plegaria y contemplación.

Pero para lograr a base de estas lecturas una espiritualidad verdaderamente cristiana y nutritiva, no es suficiente ir escuchando los distintos textos bíblicos como pequeñas meditaciones aisladas a la manera como se meditaban las lecturas bíblicas que proponía la liturgia antes de la restauración de la lectura continuada. En efecto, leyendo como lo hace hoy la liturgia los libros bíblicos en su integridad moral, por una parte se topa

con frecuencia con determinadas páginas que poco o nada dirán que sea verdaderamente significativo para la vida espiritual o que incluso pueden llegar a desconcertar; y, por otra, estas mismas perícopes, situadas en la dinámica de un libro entero o de una etapa de la historia de la salvación, pueden tener un significado mucho más rico que el que pueden ofrecer las mejores páginas de la Biblia meditadas de una forma aislada. Pongamos un solo ejemplo: este año en el Oficio de lectura del jueves de la semana X (9 de junio) vamos a escuchar la célebre ejecución de la ley del anatema prescrita por Dios, según la cual “hombres y mujeres, jóvenes y ancianos deben ser pasados a filo de espada” (Josué 6,21). Es evidente que un texto de este contenido meditado aisladamente no puede alimentar la piedad cristiana; en cambio, es innegable que esta misma página tiene un alto significado si se escucha en el interior de la lucha por salvaguardar la identidad propia del pueblo de Dios.

2. El triple ciclo de lecturas feriales

En el Tiempo ordinario la liturgia presenta siempre tres ciclos de lectura continuada (1): el de los evangelios y el de las primeras lecturas de la celebración eucarística, por una parte, y el de las perícopes del Oficio de lectura, por otra. Esta simultánea pluralidad de ciclos hace imprescindible un esfuerzo para “situarse” debidamente ante estos conjuntos de lecturas; sólo así podrá evitarse una lectura meramente material. Para lograrlo hay que empezar clarificando el significado de cada uno de estos ciclos en dos sentidos: con referencia a la mutua interrelación de los ciclos, y con referencia a la actitud espiritual de quienes van a escuchar estas lecturas.

En cuanto a la mutua relación de unos ciclos con otros, empecemos diciendo que las lecturas evangélicas son totalmente autónomas (2); los otros dos ciclos, en cambio, si bien no tienen relación *directa*, la tienen, en cambio, *indirectamente*. En efecto, a través de estas dos series de lec-

-
- (1) En los tiempos fuertes los ciclos de lectura continuada no siempre son tres: así en las primeras ferias de Adviento sólo hay lectura continuada en la Liturgia de las Horas y en la primera lectura de la misa; en la semana que precede a Navidad y en las primeras semanas de Cuaresma sólo hay lectura continuada en el Oficio de lectura; en las últimas semanas de Cuaresma sólo hay lectura continuada en el Oficio de lectura y en el evangelio pero no en las primeras lecturas de la misa, etc. Por otra parte, estos tres ciclos de lectura continuada en el Tiempo ordinario los siguen únicamente los que participan no sólo en la misa diaria sino también en el Oficio de lectura; los que participan sólo en la misa diaria usan únicamente dos ciclos de lectura continuada.
 - (2) Por ello hay que evitar como artificial y subjetivo todo intento de enlazar, en la homilía y en la reflexión personal, el evangelio y la epístola de un mismo día. Las únicas lecturas que cabe relacionar son las de los casos en que esta relación se ha buscado, que son exclusivamente las de las misas de las fiestas (no de los domingos) y, durante el Tiempo ordinario, las primeras lecturas de la misa dominical con los evangelios de la misma misa.

turas —la primera de la Misa y la del Oficio de lectura— se pretende que los fieles escuchen y contemplen *cada año* el mensaje de *todos los libros* de la Biblia, reviviendo así personalmente todos los años *el conjunto* de la historia de la salvación y escuchando *la totalidad* de las cartas apostólicas. Para lograr esta lectura anual de todos los libros bíblicos, éstos se reparten de tal forma entre la Misa y el Oficio divino que aquellas partes de la Escritura que no se leen en la Misa se proclamen, en cambio, en el Oficio y viceversa. Esta doble presencia del mensaje bíblico, parte en la Misa y parte en el Oficio de lectura, tiene una importante característica que hay que destacar: mientras los pasajes bíblicos que se leen en la Misa —las lecturas en esta celebración son mucho más breves— presentan solamente las partes más sobresalientes de cada uno de los libros, la parte que se lee en el Oficio ofrece una lectura moralmente íntegra de cada uno de ellos.

A este ideal de leer cada año todos los libros bíblicos se refiere explícitamente la “Institutio” de la Liturgia de las Horas:

En la distribución de las lecturas de la Sagrada Escritura... la Liturgia de las Horas se coordina con la Misa de modo que la lectura de la Sagrada Escritura en el Oficio complete las lecturas hechas en la Misa, (es decir, se lean aquellos libros que en el mismo año o en la misma época no se han leído en la Misa) ofreciendo así un panorama completo de toda la historia de la salvación (n. 143).

Y en otro lugar del mismo Documento se añade:

El curso bienal de las lecturas bíblicas (en la Misa y en el Oficio) está dispuesto de tal forma que cada año se leen casi todos los libros de la Escritura... Ahora bien, para evitar que unos mismos textos se propongan en unos mismos días o en tiempos muy cercanos la coordinación de las lecturas de la Misa y del Oficio se ha hecho de tal forma que un mismo libro figura un año en la Misa, otro en el Oficio (3); o si ello no resulta posible se deja, por lo menos, un largo período de tiempo desde que un determinado libro se ha leído en la Misa y se vuelve a repetir en el Oficio. (n. 146).

Es evidente que revivir cada año íntegramente *todo el mensaje bíblico* constituye una ayuda eficaz a la oración contemplativa de las maravillas obradas por Dios en favor de su pueblo; es por ello que este doble ciclo está especialmente indicado para cuantos consagran su vida a la contemplación o para aquellos que tienen la misión de anunciar la Palabra a los demás fieles (de aquí la oportunidad de que los contemplativos, por

-
- (3) A esta regla se dan dos excepciones: Isaías se lee con frecuencia durante Adviento tanto en la misa como en el Oficio, pero con una dinámica distinta por lo cual raras veces las lecturas se repiten. La segunda excepción es la de los Hechos apostólicos que en los años pares se leen durante el tiempo pascual tanto en la misa como en el Oficio, pero en la misa sólo se proclaman los fragmentos más sobresalientes y en el Oficio la totalidad del escrito.

una parte, y los obispos y presbíteros, por otra, estén obligados cada día al Oficio de lectura en el que está situada la proclamación más extensa de la Palabra de Dios). Los demás fieles, en cambio, se limitarán, o bien a una lectura menos completa del conjunto de libros bíblicos cada dos años, a través de las lecturas feriales de la Misa (religiosos de vida activa, fieles que participan a diario de la Eucaristía) o incluso reducirán su lectura bíblica a solas las perícopes más centrales de la Escritura, tal como se proclaman en el ciclo dominical de la Misa cada tres años.

3. Actitud espiritual ante los tres ciclos de lectura bíblica ferial

Cuando antes de la restauración de la lectura continuada unos mismos textos bíblicos se repetían con monótona frecuencia en muchas de las celebraciones litúrgicas, si se quería encontrar en aquellas pocas páginas de la Escritura algún pensamiento que alimentara, días y más días, la vida espiritual, resultaba imprescindible un gran esfuerzo de imaginación que, las más de las veces, se centró en buscar relaciones, con frecuencia muy artificiales, entre las diversas lecturas proclamadas. Por otra parte, en aquel estado de cosas, las lecturas que presentaban un mensaje más claro para los fieles eran siempre las de las grandes solemnidades, en las que, todas ellas, respondían siempre al misterio concreto del día y, por ello, indirectamente, se relacionaban también entre sí (piénsese, por ejemplo, en las antiguas lecturas de Navidad o San Pedro). Ahora bien: este doble fenómeno hizo que fuera arraigando el hábito de querer relacionar sistemáticamente las lecturas litúrgicas como si cada día tuviera un “tema” propio al servicio del cual se colocaran las diversas perícopes del día. Y este trasfondo “cartesiano”, que tiende a convertir la celebración de la Palabra en un tratado de teología abstracta, influye aún hoy, después de la restauración de la lectura continuada, en no pocos ambientes que continúan centrando sus esfuerzos en ver cómo concuerdan, por ejemplo, las lecturas de una determinada Misa dominical o ferial.

Este proceder hay que denunciarlo como camino equivocado que no puede conducir sino a visiones subjetivas y alegóricas, propias de los tiempos más decadentes y poco respetuosas para el contenido objetivo de la Palabra de Dios. Es verdad que en algunos casos se da una cierta relación entre las diversas lecturas de una misma celebración (4). Pero este fenómeno ni es habitual ni se da nunca cuando se trata de los ciclos de

-
- (4) Se da una relación indirecta de las tres lecturas en las misas rituales, en las de las fiestas de los santos y en las de las grandes solemnidades. En estos casos, las tres lecturas se escogen con relación al misterio celebrado y, como consecuencia, las tres se relacionan indirectamente. El otro caso en que se da relación en las lecturas es en los domingos del tiempo ordinario (domingos verdes) en los que la lectura del Antiguo Testamento se ha seleccionado casi siempre en relación con el evangelio. En cambio, la segunda lectura de estos domingos es totalmente autónoma. En los domingos de Adviento, Navidad, Cuaresma, y Pascua no se da habitualmente ninguna relación entre la primera lectura y el evangelio.

lectura continuada que, por otra parte, constituyen la principal proclamación litúrgica de la Escritura santa. Este es un principio que hay que tener muy claro si se quiere lograr una verdadera espiritualidad del año litúrgico basada en la Palabra de Dios y respetuosa frente a lo que dice realmente la Escritura.

Si se nos permite un ejemplo, diríamos que ante los diversos ciclos de lecturas bíblicas que se proclaman en un mismo tiempo litúrgico —en el apartado anterior hemos visto que en el tiempo ordinario estos ciclos son tres para los que rezan el Oficio de lectura y dos para los que se limitan a participar en la Misa— hay que tomar una actitud parecida a la que toma el estudiante que sigue simultáneamente un curso de inglés, otro de historia y un tercero de matemáticas. Entre estas tres asignaturas, y pese a que las lecciones tienen lugar en los mismos días, no busca ciertamente ninguna relación; lo que de verdad intenta es sacar de cada una de las lecciones el mayor provecho relacionando, eso sí, lo que ha aprendido hoy con lo que de la misma asignatura le explicaron el día anterior. Así, en esta “escuela del servicio divino” —así se refiere la regla de san Benito a la celebración litúrgica— los dos o los tres escritos (dos para quienes participan sólo en la misa, tres para quienes rezan, además, el Oficio de lectura) que se van proclamando a través del tiempo ordinario dan a quienes los siguen la posibilidad de profundizar y de vivir el significado de tres facetas *distintas* y complementarias de la vida cristiana que progresivamente enriquecerán nuestra vida espiritual.

Con referencia, aún, a la actitud espiritual con que escuchar los diversos ciclos de lectura continuada, terminemos haciendo unas sugerencias: a) es necesario prestar un verdadero interés a todos y cada uno de estos ciclos, convencidos de que cada uno de ellos nos aporta un verdadero mensaje de Dios; hay que evitar, por tanto, que ninguna de estas lecturas se convierta en una proclamación simplemente material. b) Ello no significa que deba darse a los diversos ciclos una profundización al mismo nivel; al contrario, quizá lo más eficaz para la vida de oración sea profundizar uno de los ciclos (5) —en principio el más completo, que en el caso de los que rezan el Oficio divino íntegro será el del Oficio de lectura— escuchando los otros ciclos más bien como “recuerdo suave” del mensaje profundizado en otros momentos del año litúrgico (6). c) Prestar atención a las lecturas omitidas por coincidir con fiestas del santoral, recuperándolas, sobre todo cuando se trata de perícopes importantes en el con-

(5) Si a través de los dos años de los que se compone el leccionario del Oficio se ha profundizado siempre las lecturas, se habrá logrado un conocimiento profundo de toda la Escritura.

(6) Si se han profundizado las largas lecturas del leccionario bienal del Oficio, cuando en la misa aparezcan en breves fragmentos escogidos los libros profundizados en el Oficio, la simple lectura de estos fragmentos breves será suficientemente evocativa de todo lo que se profundizó en la lectura completa del Oficio.

junto, pues de lo contrario difícilmente podría seguirse la trayectoria de la lectura continuada (7). d) Distanciar, en la medida de lo posible, en el horario del día, los dos ciclos de lectura complementarios (el del Oficio de lectura y el de las primeras lecturas de la Misa) para que haya un espacio de tiempo suficiente que permita situarse psicológicamente en ambientes históricamente diversos. Por ello desaconsejaríamos a las comunidades contemplativas situar el Oficio de lectura a una hora cercana a la de la celebración eucarística. Si a primera hora de la mañana, por ejemplo, se proclama la larga lectura del Oficio divino que invita a situarnos en un contexto histórico determinado y al cabo de poco se lee la primera lectura de la Misa que nos coloca en otra situación histórica totalmente diversa, resultará difícil vivir ambos mensajes. En cambio, si por la mañana la lectura bíblica ilumina con su mensaje específico parte del día y al final de la jornada —o por lo menos al cabo de varias horas— una nueva proclamación de la Palabra nos presenta una panorámica nueva, ambos mensajes alimentarán fácilmente la vida de oración, sumergiendo toda la jornada en la contemplación de las diversas maravillas realizadas por Dios y contempladas pausadamente por su pueblo.

4. La espiritualidad litúrgica en los meses de junio-agosto

Al iniciar en el pasado mes de febrero la sección “Biblia y año litúrgico” prometimos continuar desarrollando la serie de cuestiones introductorias que en aquel artículo inaugurábamos. Entre ellas figuraba la de presentar la Biblia como elemento constitutivo del año litúrgico y la de exponer la relación que tienen los Leccionarios litúrgicos con el desarrollo de la historia de la salvación. Sin olvidar estas facetas introductorias (que desarrollaremos en otra ocasión) hoy vamos a aplicar estos principios en concreto a los ciclos de lectura continuada ferial que van a proclamarse en los próximos meses. Dicen que “el movimiento se demuestra andando” y ello es precisamente lo que pretendemos aquí: quisiéramos que nuestros lectores experimentaran en la práctica lo que en futuros artículos sintetizaremos teóricamente.

La espiritualidad litúrgica de los próximos meses quedará centrada en tres grandes bloques: las celebraciones del domingo con sus lecturas y

-
- (7) Recuperar las lecturas omitidas es una práctica importante que muchos olvidan. Si la lectura se toma realmente como continuada, la omisión de un fragmento puede romper el dinamismo del escrito y, a veces, hacerlo ininteligible. Tanto la “*Institutio*” del Misal (n. 319) como la de la Liturgia de las Horas (n. 249) se refieren a esta “recuperación” de las lecturas impedidas por alguna fiesta. Por lo que se refiere a las primeras lecturas de la misa, éstas pueden “recuperarse” uniéndolas a la lectura del día anterior o siguiente (“*Institutio*” de la Liturgia de las Horas, n. 249) o bien haciendo que la lectura omitida sustituya la lectura breve de Laudes o de Vísperas de la feria anterior o siguiente al de la fiesta que la ha impedido (“*Institutio*” de la Liturgia de las Horas, n. 46).

eucaristía especialmente festiva (sobre ello puede verse Oración de las Horas, agosto-septiembre 1981, pp. 168-181); unas pocas grandes solemnidades —sobre todo san Juan, santos Pedro y Pablo, Santiago y la Asunción de María (8)— y finalmente los ciclos de lectura ferial de los días de entre semana, tanto si en estos días la liturgia es exclusivamente ferial como si a los formularios de feria se añade la memoria de algún santo (9). Sobre la espiritualidad de los domingos y fiestas nuestros lectores tienen sin duda más conocimientos y más instrumentos para orientarse. Vale, pues, la pena insistir en la espiritualidad de los días feriales que, por otra parte, cubren el mayor número de celebraciones de estos meses.

En estos días feriales de los meses del verano de 1983, en concreto los que rezan el Oficio divino completo, van a escuchar tres libros bíblicos: en el Oficio divino, la historia del pueblo de Dios desde la conquista de Canaán hasta el destierro de Babilonia; en las primeras lecturas de la Misa, la narración de los orígenes del Pueblo elegido, empezando por la vocación de Abraham hasta llegar a la historia de Samuel y, finalmente, en el Evangelio, la totalidad de la predicación de Jesús, desde el sermón de la montaña hasta el discruso escatológico. Veamos algunas pistas, por lo menos, con las que alimentar la vida de oración a través de estos textos bíblicos. En otras aportaciones de esta sección “Biblia y año litúrgico” pensamos desarrollar más la dinámica de las lecturas continuadas que se proclaman en cada uno de los ciclos. Hoy, después de la larga presentación introductiva, nos limitaremos a señalar algunas pistas.

5. Significado de la historia santa desde la conquista de Canaán hasta el destierro de Babilonia

Para comunicarnos su mensaje, Dios se sirvió como de tres etapas sucesivas que, cada cual a su manera, influyeron en la composición de los libros de Josué, Jueces, Samuel y Reyes hasta que éstos llegaron a ser los libros que hoy leemos como “Palabra de Dios” (es importante advertir que las etapas anteriores a la redacción actual de los libros —las diversas

-
- (8) Algunas comunidades religiosas tienen, además, alguna otra gran solemnidad en estos meses, por ejemplo, los Benedictinos y Cistercienses, san Benito (11 de julio); los Dominicos, santo Domingo (8 de agosto); las Clarisas, santa Clara (11 de agosto); los Cirtercienses, san Bernardo (20 de agosto), etc.
 - (9) Las memorias de los santos no deben ambientarse como si se tratara de fiestas en honor de estos santos. En estos días la celebración es de por sí ferial (por ello los himnos y lecturas breves del Oficio, las preces del Oficio y de la misa, el prefacio, etc. habitualmente deben ser los de feria). En esta *celebración ferial* del santo se hace únicamente “memoria” (es decir, se recuerda). Quizá muchos no han captado aún que la reforma litúrgica ha creado esta categoría de “memoria” y, por ello, continúan celebrando cada una de las memorias de los santos como si se tratara de pequeñas fiestas en las que resalta más el santo que los elementos feriales.

“fuentes” de que hablan los exégetas— por muy interesantes que sean desde un punto de vista de historia del texto e incluso por mucho que sirvan para explicarlo mejor, no son “Palabra de Dios” sino simple *preparación* de la que Dios se ha servido para comunicarnos su mensaje; por ello la oración debe partir siempre del texto bíblico actual, no de sus reconstrucciones históricas que, por otra parte, no acostumbran pasar de simples hipótesis).

En la base de las narraciones de estos libros tenemos diversos acontecimientos históricos ocurridos en el siglo XIII antes de Cristo, de los que nos dan constancia las modernas excavaciones realizadas en Palestina y que demuestran que por aquellos tiempos se hundieron antiguas civilizaciones y dejaron paso a que se instalaran en el territorio jóvenes pueblos venidos de otras partes. En estos vestigios de incendios y destrucciones tenemos probablemente las huellas de los hebreos que penetraron en Canaán, como leeremos en el Oficio de estos días.

Una segunda causa que influyó en la composición de los actuales relatos fue la reforma religiosa obrada en Israel en el siglo VII antes de Cristo: Israel, una vez instalado en Palestina, atravesó una grave crisis de identidad: seducido por el prestigio de las naciones vecinas, se entrega cada vez con menos escrúpulos a las prácticas paganas. Ante esta situación nacen diversos movimientos religiosos de resistencia: reformas impuestas por los mejores reyes (Josías, Ezequías, etc.), intervenciones de los Profetas, obra educativa de los Sabios. Estas corrientes cristalizaron en lo que luego se llamará la “espiritualidad deuteronomica”, cuyo mejor representante es el libro que lleva el nombre de esta escuela, pero que está presente también no pocos otros escritos de esta época y de la que, sin duda alguna, los libros de Josué, Jueces, Samuel y Reyes toman su contexto más religioso y doctrinal.

Una tercera y última causa interviene aún para dar a nuestros libros bíblicos su configuración religiosa definitiva: la reforma deuteronomista necesitaba una base popular para que fácilmente influyera en el pueblo sencillo. Para ello sirvieron los antiguos relatos de la conquista de Canaán, del establecimiento del reino de David y Salomón, de la gloria primero y después de la decadencia de Israel, tal como circulaban desde antiguo entre el pueblo. Estos antiguos recuerdos, bajo la inspiración divina e influenciados por lo que hemos llamado “espiritualidad deuteronomica”, son los que cristalizan, en el siglo VI antes de Cristo, en los libros que vamos a leer durante los meses de junio-agosto, libros que bien podríamos titular “comentario teológico-popular de la historia de Israel”. Vale la pena subrayar que este sentido religioso de nuestros libros no es una visión “piadoso-artificial” sino que fueron los propios autores de la recopilación quienes proyectaron la obra con este enfoque, como lo demuestran muchos de los pasajes de nuestros libros. Este enfoque es, pues, “Palabra de Dios” e interpretación literal de los libros. Las lecturas del lunes X (6 de junio) (final del mismo libro) son ejemplos claros (entre

otros) que demuestran esta realidad. Es, pues, a la luz de estos principios teológico-espirituales como las lecturas de estos meses cobrarán todo su significado para nuestra vida espiritual.

La pascua de Jesús, que concluimos el pasado 22 de mayo, nos ha hecho revivir nuestra entrada en la verdadera tierra de promisión, que es la Iglesia. Pero no todo termina aquí. Nos es necesario insistir en la fidelidad. El libro de Josué nos lo recordará con ahinco.

El libro de los Jueces, al evocarnos las dificultades que tuvieron los hebreos para constituirse como nación, nos hará vivir las dificultades del combate que libra la Iglesia —nosotros— para constituir en el mundo el reino de Dios y hasta qué punto la fragilidad de nuestra fe puede verse tentada, e incluso vencida, por las seducciones de tantas y tantas idolatrías como nos amenazan. Con esta perspectiva las aventuras, a primera vista muy poco edificantes, del libro de los Jueces servirán de alimento a nuestra oración y nos darán la certeza de que el Señor está al lado de nuestra fragilidad, guiando a su pueblo hacia la edificación definitiva del reino, aunque sea en medio de las limitaciones de la pobre historia de la Iglesia.

En los libros de Samuel el Señor se mostrará cercano a los hombres. La alta figura de David brillará particularmente desde el sábado 25 de junio hasta el jueves 16 de julio. Su persona se nos impondrá como signo de las promesas de Dios, garantía de su fidelidad, fuente de aquella esperanza que siempre renace y que cristaliza en la espera del Mesías.

Finalmente, los libros de los Reyes (que leeremos desde el 21 de julio hasta el 3 de septiembre) nos harán meditar hasta qué punto puede llegar la infidelidad del hombre —nuestra propia infidelidad—. En estos libros las reflexiones religiosas se harán cada vez más frecuentes y más sistemáticas. Ellas quieren ser, sobre todo, el examen de conciencia del pueblo de Dios. Se trata de explicar cómo Israel pudo caer tan profundamente. Los acontecimientos narrados en estos libros e iluminados por la fe nos hablan de cómo los reyes desviaron el pueblo elegido de Dios y, al ser infieles al Señor, se alejaron de la línea de fidelidad de David. Esta visión del Israel decadente y pecador debe hacernos reflexionar. En todas partes encontramos el pecado y no se ve cómo el hombre, abandonado a sí mismo, pueda superarlo. Sólo si Dios le manda un Salvador podrá salir victorioso. A través, pues, de estas mismas narraciones de pecado —en las que se evocan nuestros propios pecados— tenemos como una llamada a poner en Dios nuestra única esperanza.

6. Dinámica de las lecturas primeras de la misa en los meses junio-agosto

En las lecturas del Antiguo Testamento proclamadas en la Misa se nos presenta *un período distinto*, con unas *perspectivas religiosas diversas* e incluso con una *dinámica diferente*. En primer lugar, en cuanto al modo de presentar la historia, en la Misa se procede de una manera mu-

cho más breve: las lecturas son más cortas y los días dedicados a cada período menos numerosos (10). Consecuentemente, las enseñanzas y reflexiones de este ciclo resultan, espiritualmente hablando, menos ricas que las del ciclo del Oficio de lectura. Por ello recomendamos hacer de las lecturas del Oficio divino el tema habitual de la oración personal y hacer de las de la misa como el instrumento para sugerir más suavemente los contenidos meditados en profundidad a través de las lecturas más completas del Oficio.

Notemos en segundo lugar que parte de esta historia se proclamó ya en el Oficio de lectura (nos referimos al período que va desde la entrada en Canaán hasta los Jueces que fue el inicio del período que se leyó en el Oficio y que en la Misa constituirá la conclusión de la época relatada). Digamos finalmente que la dinámica de ambos ciclos es también distinta: en la Misa se empieza por la prehistoria del pueblo elegido (vocación de Abraham) y se concluye con las narraciones de los jueces (desde el nacimiento del pueblo elegido hasta su entrada en la tierra prometida), mientras en el Oficio, por una parte, se leen los orígenes del mundo y la historia de los antiguos patriarcas como un bloque que sirve de preámbulo al Exodo y a las narraciones de la salida de Israel de Egipto como epopeya aparte, propia del tiempo de Cuaresma.

Finalicemos subrayando que, para vivir mejor el mensaje de estas breves lecturas de la Misa, será, sin duda, de gran ayuda y provecho el haberlas profundizado más larga y pausadamente en otro período del ciclo litúrgico a través de las largas lecturas del Oficio divino. En este supuesto la breve síntesis que nos presenta el Leccionario de la Misa ferial evocará fácilmente toda la riqueza que nos dio la presentación extensa de este mismo período el Leccionario del Oficio de lectura. El Génesis, en efecto, lo escucharemos íntegramente en las semanas que preceden a la Cuaresma y el ciclo Exodo-Levítico será la lectura habitual de la Cuaresma del próximo año; el Deuteronomio fue la lectura de la Cuaresma pasada y los libros de Josué y de los Jueces han introducido, en junio de este mismo año, el período que va desde la entrada en Canaán hasta la caída de Jerusalén.

La lectura de la segunda parte del *Génesis* (en los capítulos 1-11 se trata de los orígenes de la humanidad) recoge y organiza los más antiguos

-
- (10) Pongamos dos ejemplos para evidenciar hasta qué punto el contenido bíblico de las lecturas del Oficio es muy superior al que resulta posible en la misa. Al libro de Josué en la misa se le asignan tres días, en el Oficio, en cambio, siete. Teniendo, por otra parte, presente que la extensión de cada lectura del Oficio equivale aproximadamente a la extensión de tres lecturas de la misa, resulta que el mencionado libro de Josué tendrá en la misa una extensión de tres fragmentos mientras en el Oficio 21 (7 días por lecturas tres veces más extensas). Los Hechos de los Apóstoles se leen durante los 50 días de Pascua, tanto en la misa como en el Oficio, pero como que las lecturas del Oficio son tres veces más extensas en la misa sólo se leerá una tercera parte del libro.

recuerdos sobre los orígenes de Israel (ss. XIX-XVII), presentándonos los rasgos más esenciales de la vida de los primeros antepasados del pueblo de Dios. Así la historia de Abraham nos recuerda como Dios no abandona nunca al hombre y lo llama, incluso cuando éste vive alejado de su conocimiento; también subraya con la mayor fuerza cómo toda salvación estriba en la fe en Dios más que en las obras, siempre deficientes, del hombre. Esta es la interpretación más auténtica que da la carta a los romanos a la historia de Abraham.

Isaac se nos presenta sobre todo como nuevo signo de que Dios escoge libremente a quien quiere y que la elección no depende nunca de méritos humanos previos. Es así nuevamente cómo la carta a los romanos interpreta esta historia. La historia de José —que es un relato compuesto por un Sabio de Israel— quiere ser una narración sobre la Providencia que sabe sacar bien incluso del mismo pecado; para los cristianos José es una elocuente figura de Jesús que penetra en el Egipto de nuestra humanidad para salvar con su muerte inocente a los hombres, como José salvó a sus hermanos...

La secuencia Exodo-Deuteronomio evoca la espiritualidad pascual. Estas lecturas encontrarían, sin duda, su mejor contexto en el período cuaresmal (y es en este período cuando se leen extensamente en el Oficio de lectura) pero las lecturas de la Misa de este ciclo están ya ocupadas por otros temas. Por ello en el contenido pascual sólo encuentran un breve espacio en la noche de Pascua y consiguientemente, para quienes no rezan el Oficio de lectura, hay que buscarles en estas semanas un espacio propio.

7. El evangelio de san Mateo

Terminemos esta presentación de las lecturas feriales de los meses junio-agosto con unas breves notas sobre el evangelio de san Mateo que se leerá diariamente desde el 6 de junio hasta el 27 de agosto.

Este evangelio intrínsecamente está formado por tres bloques: a) las narraciones de la pasión y resurrección del Señor, que es la parte más antigua del escrito; b) los relatos sobre la vida y predicación de Jesús, que forman el núcleo central; y c) las narraciones sobre la infancia del Señor antepuestas seguramente más tarde al conjunto de la obra.

El uso litúrgico del evangelio de san Mateo respeta muy bien la distinción de estos tres bloques. Las narraciones de la infancia se reservan para los días de Adviento-Navidad, a éstas se añaden las narraciones sobre el bautismo de Jesús (leídas en la fiesta del Bautismo) y sobre las tentaciones del desierto (reservadas para el inicio de Cuaresma). Las narraciones de la pasión-resurrección del Señor se leen en las semanas de Pasión y de Pascua, respectivamente. El cuerpo central de la obra, el más extenso, es el que constituirá las lecturas de las ferias del período que comentamos. (Y también las lecturas dominicales del pasado año).

Como sea que las lecturas evangélicas de los domingos suelen ser las más estudiadas y profundizadas, seguramente la simple lectura atenta de las páginas de este evangelio será suficientemente evocativa. Quizá lo más importante de esta lectura *ferial*, íntegra y seguida, sea el insistir en la ilación de perícopes: lo que en los domingos del año A se profundiza, perícope por perícope, en la lectura ferial puede contemplarse especialmente en su dinamismo intrínseco. Insistir, pues, en el esquema de este evangelio —los grandes discursos, el viaje Galilea-Jerusalén vistos en conjunto— puede enriquecer especialmente su visión.

MATERIAL PUBLICADO ANTERIORMENTE

Moniciones, peticiones y lecturas (no litúrgicas) para las celebraciones de los santos.

3-VI: S. Carlos Luanga y compañeros, Junio 1980, p. *25.

11-VI: S. Bernabé. Junio 1977, p. 20; junio 1980, p. *26.

24-VI: S. Juan Bautista. Junio 1976, pp. 21-23.

28-VI: S. Ireneo. Junio 1977, pp. 21-22; junio 1979, p. *25.

29-VI: S. Pedro y S. Pablo: Junio 1976, pp. 24-26.

Sagrado Corazón. Junio 1976, pp. 23-24.

3-VII: Sto. Tomás. Junio 1977, pp. 23-24.

11-VII: S. Benito (actualmente no es memoria, sino fiesta). Julio 1976, pp. 8-9; junio 1979, p. *26; junio 1980, p. *27. Formulario completo para la Oración de los fieles: Julio 1981, pp. *29-*30. (El autor es P. Farnés y no F. X. Aróztegui, autor del resto del material de dicho número).